

## **DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO**

### **30 de agosto de 2020**

Vivir la existencia desde Dios, con Dios, en Dios y para Dios nos asegura una vida llena de sentido incluso en medio de las circunstancias más adversas. Ese fue el modo de vida que llevó Jesús: de Dios venía, con Dios estaba, en Él confiaba y vivía solo para la gloria de su Padre.

Cuando Jesús revela a los discípulos su propio destino de sufrimiento y muerte, sabe que su sufrimiento y su muerte serán reales y dolorosos, pero sabe también que el final de su camino no es el fracaso pues bien sabe Jesús que la última palabra sobre su vida no la tenían los seres humanos y las circunstancias temporales sino el Padre Celestial y sus Eternos Designios. Jesús vive de la certeza de que una vez resucitado, vuelve al seno de su Padre y al mismo tiempo estará más cerca de nosotros por quienes entregó su vida.

Pedro, a quien Jesús había llamado “dichoso y piedra firme” porque iluminado por Dios reconoció en Jesús “al Mesías, al Hijo del Dios viviente”, hoy es llamado “Satanás y piedra de tropiezo” porque ante el anuncio del destino de Jesús ve las cosas no según la perspectiva de Dios sino según la perspectiva humana. Este modo de razonar humano de Pedro le impide ver algo más allá del sufrimiento y de la muerte, deja de creer en las posibilidades de Dios y fundamenta su modo de pensar

en las limitadas posibilidades humanas. Al final del anuncio de su pasión, Jesús dice que resucitará, pero eso parece que no significa nada para Pedro, su miedo al sufrimiento y a la muerte le impidió escuchar y ver que el final del camino era la vida, la resurrección; el concentrarse en las limitadas posibilidades humanas le impidió a Pedro contemplar las infinitas posibilidades de Dios.

Ante esta pérdida de fe de Pedro, que lo llevó creer que todo en el mundo depende de las decisiones humanas, de las circunstancias creadas por nosotros o por otras personas, el Señor lo invita a que se ponga detrás de Él y de este modo nos invita a todos vivir como nos enseñó Jesús, poniendo nuestra vida con infinita confianza en las manos de Dios porque de Él viene nuestro auxilio cuando en Él confiamos. En este mismo sentido la segunda lectura de hoy (Rom 12,1-2) nos invita a transformar nuestra mentalidad, nuestra manera de pensar para que vivamos nuestra existencia creyendo siempre en las infinitas posibilidades de Dios, en todo lo que Dios quiere y puede hacer en nosotros si le prestamos la colaboración de nuestra fe, de nuestra obediencia, de nuestra confianza.

Jesús nos dice que quien quiera ser su discípulo “renuncie a sí mismo”, es decir ser discípulo de Jesús implica renunciar al modo humano de ver las cosas para ver todo con los ojos de Dios. Como Pedro, viviremos una vida estable cuando miremos todo desde la óptica de Dios y como Pedro, arruinaremos todo cuando contemos sólo

con nosotros mismos y nuestra manera humana de ver y juzgar. Una vez que alcancemos la gracia de ver todo con los ojos de la fe entonces podremos “cargar la cruz” abrazando nuestras circunstancias con confianza sabiendo que nuestro auxilio nos viene de Dios, y entonces viviremos la vida como Jesús quiere: entregándola como el entregó la suya, sabiendo que la recuperaremos no en el reconocimiento que puedan hacer los hombres de nuestra existencia, sino en el reconocimiento que hará el Padre Celestial al final de nuestras vidas.

En esta tarea que se nos pone hoy de transformar constantemente nuestro modo de pensar de modo que vivamos nuestra vida desde la óptica de Dios, puede resultar muy útil el Salmo que hemos escuchado hoy. Digamos al Señor ahora y durante estos días con todo el afecto del corazón: “Oh Dios Tú eres mi Dios”, “Tu gracia vale más que la vida”, “toda mi vida te bendeciré porque fuiste mi auxilio” “mi alma está unida a Ti y Tu diestra me sostiene”.